

CUENTOS EUSKAROS



LA PIPA

En las praderas de las montañas el pobre *mutilla* se sentaba al pié de alguna encina mientras las vacas recorrían lentamente el prado, escogiendo las matas de yerba más olorosas y más nutritivas, y allí, en medio del solemne silencio de la montaña, animado de vez en cuando por el monótono son de las esquilas del ganado ó por el ruido seco y continuo que hacían las vacas al arrancar la yerba, Martincho se adormecía en medio de tanta quietud y su espíritu sumido en pesada somnolencia vegetaba sin ambiciones, sin deseos y sin esperanzas como la encina que le cobijaba.

Pero hacía tiempo que su rostro, casi siempre impasible y frío como el de un estatua, tenía á veces contracciones de despecho y que sus labios murmuraban sordamente algo que se parecía á un mugido como si no supiese expresar de otro modo sus deseos ó sus sentimientos. Sin embargo, el deseo que tanto le agitaba no podía ser ni más sencillo ni más pueril: tener una pipa era su anhelo, una pipa, que representaba para el pobre pastor las aspiraciones del enamorado ó las del jugador que espera ver en una carta la base de su pérdida fortuna....

¡Con qué envidia veía á los mozos del pueblo echar aquellas bocanadas de humo! se les quedaba mirando ensimismado, y sin darse cuenta hacía los mismos gestos como si él estuviese fumando. ¿Pero cómo comprar la pipa si nunca había tenido en sus manos ni un mal *chanpon*, y la pipa y el tabaco debían costar muy caro? Para Martin-

cho los que entraban en el estanco del pueblo y compraban una pipa y un poquito de tabaco eran unos millonarios.

Un día de temporal Martincho no pudo llevar las vacas á las praderas y se quedó en el caserío haciendo otras labores. Por una casualidad, el amo se dejó olvidado en el corral la pipa y la bolsa del tabaco ó *tosa*. Si Martincho hubiera visto entonces la entrada de una de aquellas grutas encantadas de los cuentos árabes que conducen á un lugar que encierra enormes tesoros, el pastor no se hubiera conmovido más. ¡Pipa y tabaco! Allí lo tenía delante, su sueño era una realidad ¿por qué no había de fumar ya que se le presentaba la ocasión?

Pálido nervioso, como si fuese á cometer un crimen, cogió la pipa, la atiforró precipitadamente, gastó lo menos seis fósforos, tan agitado estaba, y al fin salió de su boca una espiral de humo blanquecino, ténue, que fué á perderse entre las telarañas que cubrían el techo del corral. Iba á repetir la operación cuando en aquel momento oyó á su amo toser cerca, y atemorizado, sin saber lo que hacía, arrojó la pipa, y fué á ocultarse en el rincón más oscuro del corral.

Aquella noche no pudo dormir Martincho; sentía una pesadilla tan grande, una inquietud tan aguda al pensar que se había atrevido á fumar en la pipa de su amo, que sentía los mismos remordimientos que si hubiera cometido el mayor de los sacrilegios. Cuando más apesadumbrado estaba por su enorme delito, le pareció que en el caserío hacían mucho ruido, que daban voces, que subían y bajaban; sin duda alguna—pensó—el amo no ha encontrado la pipa, y viene á castigarme, y azorado se levantó, se vistió precipitadamente, ya bajaba las escaleras, cuando de pronto se quedó como anonadado, aturdido... ¡Fuego, fuego! gritaban por todas partes. ¡Fuego, la pipa!, repuso Martincho sordamente, y aterrado se arrojó por las escaleras, se levantó todo magullado, y sin darse cuenta de lo que hacía emprendió vertiginosa carrera por los campos, mientras que en sus oídos titilaban y le abrasaban como dos ascuas las voces de su amo gritando: ¡fuego, fuego!

Cuánto corrió ni él mismo lo sabía; rendido, estenuado, se detuvo; volvió la cabeza y vió á lo lejos un resplandor rojizo en el cielo y abajo una hoguera que parecía suspendida en el vacío. Martincho dió un aullido terrible; se le antojó que aquel resplandor le perseguía, que le iba á alcanzar y le iba á sumir entre sus ascuas, y otra vez echó á correr por la montaña arriba, gritando como un loco, aterrado....

Martincho seguia corriendo, corriendo por la montaña cuando de pronto dió un grito más estridente que los demás y que el eco parece que repitió con horror y el infeliz muchacho abrió los brazos como queriéndose agarrar en el vacío y desapareció en un abismo abierto entre las peñas....

En el pueblo se creyó que Martincho habia muerto abrasado entre los escombros del caserío, y que el incendio aquel de tan terrible recuerdo habia sido casual.

JOAQUÍN L. BARRERA.

ASTOA ETA CHERRIYA

Zaku bi zitubela
alde binatara,
zijoala astoa
chit goiz errotara,
cherryak esan zion:
—karga geichorekin
ua errotara ta
biyok alkarrekin
konpon gindezkek, ik nai
izatera ala,
nik karga arinduko
nikek beriala:
uzten banauk egiten
ozka zakubari,
pur pur pur irtengo dek
alea ugari;
eta arindurikan
ire bizkar gaña,

nik jango diat ale
gozotik nai aña:
gero ik esateaz
onzat dediñ artu,
zaku ustela bere
gisa dala lertu,
eztitek kastigurik
emango errotan,
eta ongi irtengo
gaituk biyok ontan.—
Astoak ez arturik
charreraesana,
jardun zion,—eginzak
bada naidekana—
eta zulaturikan
zakuba segiran,
denbora guchiyan chit
ustu zan dena an,